

FACETAS TERESIANAS

LA DOCTORA MISTICA

La Opinión

Por el P. Miguel Selga S.J.

11 de Octubre 1951

Los fieles Españoles se complacen en aureolar a Santa Teresa de Avila, con el título y emblemas doctorales, otorgarle los honores de los doctores y apellidarla la Doctora Mística." "Lo que fue Santo Tomas en la teología escolástica," ha dicho un célebre escritor, —por aclamación universal es Santa Teresa en la mística doctrinal y experimental; ¿quién se atreve a dilucidar un punto cualquiera de teología escolástica sin antes inspirarse en los escritos del doctor angelico? ¿Quién pretende tratar de mística, sin acudir a Santa Teresa? Genios fueron Agustín, Gregorio, Ambrosio, Bernardo y otros mil: pero Dios reservó a San Teresa para que fuera el gran genio de la mística." Por espacio de tres siglos, la Carmelita de Avila, con aplauso y voto de los papas, viene enseñando a los fieles de todas las latitudes, mediante libros que, sin la menor presunción, con toda humildad, escribió por obediencia, y que hacen de ella la maestra de la vida espiritual o la luz del mundo católico, según expresión del beato Pío X. Es el mismo Pío X quien publica haber llegado la Virgen Avilesa en el conocimiento de los altísimos arcanos de Dios, hasta donde puede en el presente estado arribar la humana inteligencia, por lo que no anduvieron desacertados sus directores espirituales al compararla con Moises, que veía a Dios cara a cara y conversaba con él familiarmente. Ningún maestro, ni doctor en teología, depuso, ri-bera, fue con mas rigor examinado en Salamanca, ni Alcalá, ni París. Y nadie ha hablado nunca, afirma un historiador de la iglesia, con tanta profundidad y seguridad de las maravillas de la vida divina, cuya existencia en las almas acaba de negar audazmente el Protestantismo. Teresa brilla, con esplendor por nadie igualado, en el cielo de la mística. Todo el recorrido del alma, desde que comienza a vivir la vida de la gra-

cia hasta arribar, por las cimas de la contemplación, a la transformación divina hallase en las obras Teresianas, con tal claridad, profundidad, elevación y gracia de estilo que no hay más que desear. "Ningún místico, ni ascético", ha dicho un crítico, "ha escrito mejor que ella los sentimientos que llevan al alma hacia la divinidad, los arrobamientos del éxtasis, las visiones y revelaciones, los esfuerzos por mantenerse firme en la virtud, los sufrimientos y temores de la propia indignidad." Los conocimientos místicos de Teresa son ajenos a todo humano magisterio. Tiene sí por confesores y directores a las mayores lumbreras de su siglo; dirigida, Santa Teresa es al mismo tiempo directora; es más directora que dirigida. Sus eminentes maestros, como el P. Bañez, se convierten en sus discípulos y tiemblan de tener que discutir con ella. "Más quiero arguir," decía el canónigo y después obispo Pedro Manso, "con cuantos teólogos hay que con la Madre Teresa," Su único maestro, Jesucristo, frecuentemente la inspiraba y asistía de modo particular, le ponía las comparaciones y a veces hasta las expresiones y palabras. "Como su majestad fue siempre mi maestro," dice Teresa, "dámelo en un punto a entender con toda claridad y para saberlo decir "aclaró Dios mi entendimiento," añade la santa, "unas veces con palabras, otras poniendone delante cómo lo había de decir." Por celestial han tenido la doctrina de Teresa Santos y doctores esclarecidos, como Alfonso María de Liguori, José de Calasanz, Francisco de Sales, Suarez, Bossuet y Fenelón: por celestial la tiene recibida la iglesia, consultándola como a un oráculo bajo Inocencio XI y Clemente XI, en la condenación de los respectivos errores de Molinos y Quesnel. "Esa doctrina encerrada en sus libros," declaró el tribunal de la rota, bajo Paulo V. "No es de hombre y

mucho menos de mujer sin letras, sino de Dios, infusa, dictada por el espíritu santo. Dios destinó a la bienaventurada Teresa para alumbrar a su iglesia, dándonosla por maestra de la vida espiritual." Según la bula de la cononización por Gregorio XV, Dios la enriqueció con tantos dones, para que regase su iglesia con las lluvias de celestial sabiduría de sus libros," y en la oración a la santa, escrita de su puño por Urbano VIII y por el impuesta a la iglesia se pide al señor que seamos alimentados por el pasto de su sabidura celestial. El bienaventurado Pío X la coloca a la par de los mayores doctores y los mismos santos padres, cuando dice que la doctrina de Teresa "que tan útil y eficaz que en poco o en nada cede a la de los grandes padres doctores, Gregorio Magno, Juan Crisostomo y Anselmo. Posee la ciencia mística en el más alto grado y lo que los mismos padres de la iglesia enseñaron en varios lugares, de un modo vago y confuso, Teresa lo redujo con tanta claridad y elegancia a un cuerpo doctrinal, que los escritores místicos con razón la han venerado siempre como a su maestra en la espiritualidad y muy justamente la iglesia le ha otorgado los honores de propios de los doctores."

Por un privilegio único, dice el Cardenal Billot, aunque San Pablo haya dicho: callen las mujeres en la iglesia, la Virgen de Avila posee la aureola de los doctores, enseña e ilumina las almas, es maestra de espiritualidad. Las luces divinas comunicadas por vía sobrenatural a su alma, son las que Teresa depositó en sus obras para iluminar a la cristiandad. Muchos santos — quien lo duda? — Habrían recibido antes semejantes mercedes y luces: pero al morir se las llevaron consigo, dejando en esta materia a las almas en gran oscuridad. "Al fin, escribe Huysmass, la ciencia mística halló quien resumiera sus reglas y excepciones: una psicología

admirable, humana ha estados so be, una más que ...no obs sus rodeos mente el sus evoluc tocada por terias en lan y las exactitud se compr ce sentir, espectácu lo íntimo tiene sus plorado m regiones de a sp la traza